

COLIN WARD

El niño en la ciudad

Traducción del inglés
de ENRIQUE ALDA

Índice

Los últimos salvajes. Manuel Delgado, 7

Prólogo a la nueva edición, 15

Prólogo a la primera edición, 17

¿El paraíso perdido?, 23

Retorno al hábitat feliz, 33

Cómo ve la ciudad el niño, 49

Anticuarios, exploradores, neófilos, 65

Intimidad y aislamiento, 79

A la deriva en la ciudad, 87

Una tarde suburbana, 105

Adaptar el entorno impuesto, 117

El juego como protesta y exploración, 131

La ciudad especializada, 141

El tráfico y el niño, 153

Ruedas en las calles, 167

Reponer las estanterías del supermercado, 177

La niña en segundo plano, 191

El colegio en la ciudad extraña, 203

La ciudad como recurso, 221
Niño de ciudad y niño de campo, 231
Cuatro iniciativas ejemplares, 243
En el arenero de la ciudad, 251
Un epílogo de 1990, 263
Notas y bibliografía, 275

LOS ÚLTIMOS SALVAJES

Manuel Delgado

EN LA ACTUALIDAD, ES CADA VEZ MÁS RARO ver a niños llevando a cabo actividades autónomas en la calle. Parece que moleste la presencia de niños sueltos. Hay muchas ciudades españolas en cuyas plazas figuran carteles prohibiendo jugar a la pelota. En Barcelona, en el momento de redactar estas líneas, están en marcha campañas vecinales contra el «ruido» que provocan los pequeños en los espacios de juego o a la hora del patio en el colegio. Cambios sociales y culturales seguramente irreversibles han declarado para los niños algo parecido a un toque de queda permanente: la transformación de la vida familiar, el aumento de la automovilización, la propia disposición interna de los domicilios, los hábitos de consumo y ocio, la creciente normativización de los usos del espacio público y la generalización de la llamada educación en el tiempo libre, cuya función es liberar a los niños precisamente de su tiempo libre. Esos y otros factores han implicado el acuartelamiento de una infancia a la que solo se permite el acceso a los exteriores urbanos para entregarse a juegos dirigidos por monitores o para entretenerse confinada en espacios parecidos a corrales, rodeada de cercas destinadas no se sabe bien si a protegerla del entorno o a proteger al entorno de ella.

En este libro, Colin Ward habla de cómo se desplegaba una sociabilidad independiente de los niños en diferentes ciudades del mundo, y de cómo, cuando escribía su libro —publicado en 1977—, y más aún su prólogo de 1990 aquí recogido, ese universo ya estaba en proceso de disolución. Lo hace de manera comparativa, recogien-

do ejemplos tomados de distintos marcos, recopilando todo tipo de informaciones sociológicas, históricas y literarias, y advirtiendo de la importancia de variables como las morfologías urbanas, la estructura familiar, las tradiciones culturales, la clase social o —cuando no era tan habitual— el género; siempre sin perder de vista la condición histórica y culturalmente construida de la imagen del niño, esto es, refiriéndose en todo momento a aquellos a quienes asignamos hoy ese nombre. Su asunto es la apropiación infantil del entorno construido, su manera vernácula de leer y utilizar los espacios abiertos de una ciudad para convertirlos en fuente y sede de todo tipo de encuentros y hazañas. Esas prácticas podían parecer informales, pero no lo eran, puesto que estaban reguladas endógenamente, es decir, desde dentro y a partir de códigos autoproducidos.

Las fotografías de Ann Golzen que acompañaban la edición original eran testimonio de una vida pública de los niños estructurada y funcional desarrollada en escenarios urbanos de proximidad. Esa vida producía una cultura paralela, casi contestataria, que tomaba las calles como espacios de resistencia o indiferencia respecto del modelo de infancia impuesto. Era ahí afuera que los pequeños creaban estilos de vida social alternativos o al menos distintos de los previstos para ellos. En la calle, la chiquillería —la infancia organizada— desplegaba iniciativas consistentes en la exploración sistemática de una geografía hecha de rincones y escondrijos que le permitían reimaginar a su manera el espacio urbano y encontrar en él el proscenio para vivencias siempre inéditas. Todo eso en los intervalos del tiempo y el espacio no ocupados por otras instituciones reconocidas, como la escuela, la familia, la Iglesia e incluso el trabajo, resquicios a la vez topográficos y sociales *de y en el* medio ambiente urbanizado que, como en una suerte de mundo paralelo, aparecían en las fisuras del orden social de los adultos.

Ward habla aquí de un fenómeno global del que eran escenario las ciudades, cualquiera que fuera su nivel de incorporación al capitalismo avanzado. Lo protagonizaban corporaciones infantiles

El niño en la ciudad

Prólogo a la nueva edición

EN 1978, LA PRIMERA edición de este libro, profusamente ilustrada, tuvo una excelente acogida. La mayoría de las fotos eran de Ann Golzen y mostraban su extraordinario talento para observar detalles del comportamiento infantil. Kay Carmichael señalaba que, «como bien sabe cualquiera que haya estudiado el fenómeno del absentismo escolar, a menudo los niños se vuelven invisibles en las ciudades [...] quizá, además de aprender a entrevistarlos, deberíamos aprender a verlos».

Las fotos se han eliminado, con gran pesar, por tres razones. La primera es la decisión de que el libro pueda conseguirse con la mayor facilidad posible, abaratando el coste de la impresión y reproduciendo el texto a un precio asequible. La segunda es que, a pesar de que estaba convencido de que las fotografías serían más efectivas que el texto a la hora de transmitir la intensidad, variedad e ingenuidad de la infancia urbana, cuando hablaba sobre el tema en reuniones y conferencias de profesores y trabajadores sociales, empecé a pensar que el libro se percibía más como un catálogo de privaciones que como la celebración del ingenio infantil que había pretendido. Una tercera razón, que quizá no perciban los mayores, es que cualquier persona menor de treinta años que hojea las páginas de la edición original se queda fascinado, no por las actividades que muestran las fotografías, sino por los cambios en las modas, la ropa y los peinados de las niñas y niños a partir de la década de 1970. A un niño que lea el libro en la de 1990, las fotografías le parecerán divertidísimas. ¡Esa no era mi intención!

Aparte de aprovechar la oportunidad para corregir uno o dos errores, no he alterado el texto. Pero he añadido un capítulo final en el que reflexiono sobre factores que han influido en la infancia urbana desde que escribí el libro y cosas que he aprendido de amigos críticos y críticos amistosos.

Prólogo a la primera edición

ESTE LIBRO ES UN intento de explorar la relación entre los niños y el entorno urbano. Plantea si es verdad, tal como creen muchas personas, que en esa relación se ha perdido algo y especula sobre las formas en que podría conseguirse que el vínculo entre la ciudad y el niño fuera más fructífero y agradable, tanto para el niño como para la ciudad.

Pero el título, y quizá el propio concepto, están abiertos a la crítica, porque implican que puede hablarse en términos generales sobre los niños o las ciudades. Necesitamos que nos repitan, como nunca deja de hacerlo Margaret Mead, que, «es bueno reflexionar sobre el niño siempre que se recuerde que el niño no existe. Solo existen los niños. Cada vez que los agrupamos, perdemos algo». No se trata solo de las enormes diferencias entre individuos. Cada niño se encuentra en un estado diferente de su existencia o de lo que esta llegará a ser. La definición legal de infancia varía de un lugar a otro y depende del tipo de derecho u obligación que se esté tratando. En Gran Bretaña, toda una serie de leyes, o más bien una acumulación aleatoria de leyes, otorga derechos o impone obligaciones a diferentes edades, lo que, en términos muy generales, define el estatus de la infancia. Este libro se ocupa fundamentalmente de las personas que se encuentran en la franja de edad de la escolaridad obligatoria en Gran Bretaña: de cinco a dieciséis años. Pero habrá quien argumente que, en términos de oportunidades en la vida y experiencias formativas, lo más crucial ya nos ha sucedido cuando, a los cinco años en Gran Bretaña o a los siete en muchos otros países, vamos

al colegio por primera vez. Lo más importante de todo es un hecho fortuito: de quién somos hijos.

Del mismo modo, en casi todo el mundo sería una insensatez describir como niño a una persona de quince años. Podemos utilizar la palabra *adolescente* para hablar de esos conciudadanos que se encuentran entre la pubertad y la edad en la que se adquieren los derechos de adulto, una edad que, sin mucho debate u oposición, en la última década y en muchos países se ha rebajado de los veintiuno a los dieciocho años. Pero ¿es la adolescencia una creación de la sociedad? En una frase memorable, Frank Musgrove aseguró que «el adolescente se inventó al mismo tiempo que la máquina de vapor. El creador de esta última fue James Watt en 1756, y del primero, Rousseau en 1762». En la actualidad no solo se cuestiona la adolescencia como concepto intemporal y universal, sino la propia condición de la infancia. La obra de historiadores con tendencia sociológica como Philippe Ariès y Peter Laslett ha conseguido que nos demos cuenta de lo reciente que es nuestra preocupación por la infancia como tal. «Los niños son una invención moderna —observa el pionero de los parques infantiles—. Antes formaban parte de la familia».

En el destino de un niño la familia es casi siempre un elemento más crucial que la ciudad y, cuando los moralistas diagnostican las enfermedades sociales de la urbe, señalan la alta incidencia de «familias desestructuradas» y lamentan la muerte de la «familia extensa», mientras que los historiadores sociales apuntan hacia las estadísticas de mortalidad. Un paseo por cualquier cementerio antiguo respalda la opinión de que, en la ruptura de familias, el juzgado que tramita el divorcio ha sustituido a las funerarias, y explica en gran medida la actitud de nuestros antepasados hacia la infancia. Si seleccionamos las pruebas podemos demostrar que las sociedades del pasado otorgaban al niño parte de la dignidad que le corresponde a alguien con un papel económico en este mundo, pero también podemos presentar al niño como víctima de una explotación grotesca, o declarar que la historia de la infancia, tal

como argumenta Lloyd deMause en el primer capítulo de su libro dedicado a la misma, «es una pesadilla de la que acabamos de despertarnos recientemente».

DeMause cree que la historia de la infancia puede verse como una serie de seis etapas superpuestas, de las que la más reciente, la «etapa de ayuda», empieza (cree) a mediados del siglo xx y da como resultado un niño «amable, sincero, que nunca está deprimido, no tiene un comportamiento imitativo ni gregario, muestra una voluntad firme y no le intimida la autoridad». Pocos adultos negarán que intentaron adoptar una actitud de ayuda en su relación con los niños que compartieron su vida y sus ciudades, aunque quizá no estuvieran seguros de que produciría esa particular combinación de atributos. Pero la pregunta en este libro es si la ciudad, como institución humana, procura una etapa de ayuda a sus ciudadanos jóvenes o si Paul Goodman tenía razón cuando declaró hace unos años que «en las inevitables condiciones modernas, los niños prácticamente ya no pueden enfrentarse a la ciudad», porque «la tecnología oculta, la movilidad familiar, la pérdida del campo, la pérdida de las tradiciones de barrio y la desaparición del espacio para jugar la han despojado del verdadero entorno».

Un niño es... bueno, un niño es lo que se reconoce como un niño, y voy a ser igual de elusivo para definir la ciudad. Tradicionalmente hay diferencias entre el uso británico y el estadounidense de la palabra. Los padres fundadores expansionistas de algún pueblo del oeste quizá lo bautizaron como la ciudad que nunca llegó a ser. Los tranquilos pueblos británicos en los que hay una catedral anglicana se denominan ciudades y, de hecho, puede ser apropiado, ya que, como Leslie Lane comentó en una ocasión, «Canterbury y St. Davis son ciudades de un modo que cientos de pueblos grandes de los siglos xix y xx no lo son». Una ciudad se define en términos generales como un asentamiento humano mayor que un pueblo, y hay setenta y cinco ciudades con una población superior a un millón de habitantes. Soweto, a cuyos niños se provocó para que

CAPÍTULO I

¿El paraíso perdido?

Hay en todos un país mental y espiritual propio, una especie de entorno ideal que se fabrican de niños. Cuando son adultos, buscan un escenario «real» tan parecido como sea posible; por supuesto, son una pequeña minoría los capaces de buscar algo más allá de una mera supervivencia con un nivel decente de percepción.

EDWARD HYAMS

NO ES DE EXTRAÑAR, puesto que la infancia es una de las pocas experiencias absolutamente universales, que las personas tengan una imagen interior de la infancia ideal, aunque quizá nunca pueda expresarse. Podemos utilizarla para volver a dar forma a nuestros recuerdos, intentar recrearla para nuestros hijos o juzgarlos según el grado en el que ellos mismos también la habitan. Detrás de nuestras actividades intencionales, nuestro mundo doméstico, está ese paisaje ideal que adquirimos en la infancia. Se filtra a través de nuestra memoria selectiva y autocensurada como un mito idílico de cómo tendría que ser todo, el paraíso perdido que recuperar.

No hay lugar en el que ese mito fabricado por la memoria resulte más evidente que en nuestra reconstrucción del entorno físico que exploramos cuando éramos niños. Si se regresa a algún paraíso que no se ha vuelto a visitar, se descubre lo patéticamente ordinario que resulta al ojo adulto. En su famoso ensayo *Sobre la memoria y la amnesia de la niñez*, Ernest Schachtel nos recuerda que «normal-

mente, el adulto no es capaz de experimentar lo que experimenta el niño. Más frecuentemente de lo que se piensa, ni siquiera es capaz de imaginar lo que el niño experimenta. No sería sorprendente entonces que el adulto fuera incapaz de recordar su propia experiencia infantil, debido a que toda su forma de experimentar ha cambiado». Schachtel hace hincapié en que todo es nuevo para el niño y apunta que, según Ruth Benedict, las mujeres se acuerdan mucho más que los hombres de lo que han vivido antes de los seis años y que olvidar las experiencias de la primera infancia es más común en los grupos, culturas y épocas «que enfatizan la creencia de que la niñez es radicalmente diferente de la edad adulta» que en aquellos en los que la continuidad entre la infancia y la edad adulta es más acentuada. Lo más sugerente es la insistencia de Schachtel en el poder de los mitos sobre nuestros estereotipos acerca de la vida del niño:

La creencia de la humanidad en un paraíso perdido se repite en la mayoría de personas a través del mito individual de una infancia feliz. Al igual que la mayoría de mitos, este contiene elementos verdaderos y de ficción, está entrelazado con deseos, esperanzas, recuerdos y pesares, y, por eso, tiene más de un significado. Esta creencia se encuentra incluso en personas que sufrieron de pequeñas experiencias crueles y vivieron una infancia, sin haber sido o sin ser conscientes de ello, prácticamente sin el amor y el cariño de sus padres...

Schachtel cree que el mito ocupa el lugar del recuerdo perdido de la «riqueza, espontaneidad y frescura de la experiencia de la infancia». Y declara que «toda recuperación genuina de una experiencia olvidada y, con ella, de algo de la persona que fue entonces, conlleva un elemento de enriquecimiento, intensifica la luz de la conciencia y, de ese modo, amplía el alcance consciente de nuestra vida». Según Schachtel, la amnesia infantil cubre los aspectos y experiencias de la personalidad anterior y olvidada que son incompatibles con la cultura en la que vivimos. «Si las recordara, el ser humano exigiría que la sociedad reafirmara y aceptara la personalidad total, con todos sus potenciales. En una sociedad basada en la

supresión parcial de la personalidad, esa exigencia, incluso la mera existencia de una personalidad verdaderamente libre, constituiría una amenaza para la sociedad».

Quizá sea esa exigencia, intensa e insistente en algunas personas, reducida a deseos imprecisos en otras, la que constituye el «entorno ideal», el sueño privado que esconden nuestros actos públicos, compuesto como está de mito y «recuperación genuina de una experiencia olvidada». La intensidad particular con la que las personas recuerdan su infancia, incluso cuando su recuerdo tiene poca relación con la realidad, es una de las razones por las que las primeras páginas de las biografías suelen ser más interesantes que las últimas. Otra es la relación de la imagen del hogar y la familia con la visión de la sociedad y el entorno externo. Lionel Trilling identifica como «el gran tema moderno» el de «la violación de las emociones elementales y la confianza familiar del niño por parte de las ideas e instituciones de la vida moderna» y señala que:

Angustiados por sueños inquietos de paz e integridad, estamos ansiosos e impacientes por encontrarlos personificados en otro pueblo. Otros pueblos pueden tener para nosotros la misma integridad hermosa que, a partir de la infancia, se nos enseña a buscar en algún momento de nuestro pasado nacional o étnico. Creemos que la verdad, en *algún lugar*, debe de estar encarnada en el ser humano. Desde el siglo XIX hemos estado seleccionando un tipo de persona u otra, un grupo de personas u otro, para satisfacer nuestro anhelo [...] todo el mundo busca la inocencia, sencillez e integridad de la vida.

Raras veces se abre un libro o se comienza una conversación sin toparse con ecos de los sueños privados de alguien. Esta es, por ejemplo, la forma en que Orwell vislumbra la «simetría perfecta» de la vida familiar. «Especialmente en las noches de invierno, después de cenar, cuando el fuego resplandece en la cocina y su reflejo baila en el guardafuegos metálico, cuando el padre, en mangas de camisa, se sienta en una de las mecedoras a un lado del fuego para leer los resultados de las carreras y la madre en la otra con la costura, los

niños están contentos con un penique de caramelos de menta y el perro se calienta tumbado en la estera». Es como uno de esos cuadros cuidadosamente compuestos en un museo folklórico, lleno de antigüedades amorosamente dispuestas y fragmentos recuperados de calles derruidas.

Vladímir Dudintsev evocó ese mismo recuerdo en otra cultura: «En la familia y el hogar de Galitski todo estaba impregnado con el tipo particular de sencillez adorable que no puede imitarse o falsearse y, por lo tanto, no se encuentra a menudo. Era una familia con muchos niños, todo estaba limpio pero esparcido desordenadamente, los muebles eran sencillos y baratos, y en la mesa se servían raciones generosas».

Fuera del hogar, este paisaje ideal está sujeto a las mismas convenciones. A pesar de que Gran Bretaña es una nación urbana, o quizá porque lo es, cuenta con una tradición persistente que sitúa nuestro paisaje personal perdido en un pasado rural. Thomas Burke descubrió que incluso Kate Greenaway, «de nombre rústico, que vivió toda su vida mental, su vida real, en un mundo de coronas de margaritas, flores de cerezos, mayos y sombreros para el sol, había nacido nada más y nada menos que en Hoxton y se había criado en Islington». Raymond Williams, que rastrea el mito rural en su expresión literaria, señala que el idilio perdido de la tradición pastoril siempre se sitúa en el pasado, normalmente no en un pasado muy lejano, sino simplemente en la infancia del autor. Cuando escribe sobre la «identificación con las personas entre las que crecimos; un apego al lugar, el paisaje en el que comenzamos a vivir y aprendimos a ver», confiesa que «el único paisaje que veo en sueños son las Black Mountains en las que nací».

E incluso si provenimos del Black Country y no de las Black Mountains, el tremendo peso de las convenciones literarias, filtrado a través de los libros de texto, las canciones pop y los anuncios de margarina, sugiere una infancia en la que se toca la flauta en valles agrestes, en vez de una en la que se recorren las calles de la ciudad,